

# AMIGOS Y ENEMIGOS. GRIMALDI, VENTURA FIGUEROA, ENSENADA, ARANDA Y ...OLAVIDE

FRIENDS AND OPPONENTS. GRIMALDI, VENTURA FIGUEROA,  
ENSENADA, ARANDA AND... OLAVIDE

JOSÉ LUIS GÓMEZ URDÁÑEZ  
*Universidad de la Rioja*

**Resumen:** La campaña desatada por el conde de Aranda en 1775-76, tras el desastre de Argel, provocó una enorme tensión que hizo temer que volvieran los motines del 66. Grimaldi y Ventura Figueroa quisieron parar los golpes “del yunque de París” mediante la estrategia de castigar a una víctima: “hace falta un ejemplar que lo apruebe el rey”. Así comenzó la estrategia contra Pablo de Olavide, uno de los mejores amigos de Aranda, pero también un “iluso de filantropía” que creyó tener en Grimaldi un amigo en quien confiar. Aranda quedó mudo al saber que habían hundido a su amigo Olavide, pero seguramente le asombró más saber que Grimaldi fue hasta Medina del Campo a despedirse de Ensenada antes de salir para Italia ...hecho un duque por Su Majestad. Se habían vuelto a vengar de él.

**Palabras clave:** Inquisición, Carlos III, Grimaldi, Ventura Figueroa, Ensenada, Olavide, Aranda.

**Abstract:** The campaign unleashed by Count of Aranda in 1775-76 , after Algiers' disaster, caused a huge strain that made think that the riots of '66 could come back. Grimaldi and Ventura Figueroa wanted to stop the blows that came from “the Paris anvil” by the strategy of punishing a victim: “an example is necessary for the king's approval”. That is how the strategy against Pablo de Olavide (one of Aranda's best friends) started, a “dreamer of philanthropy” who believed he had a friend in Grimaldi in which he could trust. Aranda was struck dumb when he knew the fall of his friend Olavide. However, he was more amazed when he realized that Grimaldi had gone to Medina del Campo to say goodbye to Ensenada before departing to Italy... appointed Count by His Majesty. They had betrayed him again.

**Keywords:** Inquisition, Carlos III, Grimaldi, Ventura Figueroa, Ensenada, Olavide, Aranda.

En uno de sus últimos trabajos, Rafael Olaechea acabó reconociendo que “el célebre auto inquisitorial contra Olavide sigue siendo todavía un enigma histórico” y, como un reto para futuros investigadores, añadió: “nadie ha explicado aún de forma convincente cómo fue posible que, en un momento determinado, todos los organismos civiles del país, comenzando por el propio rey y sus ministros, se inhibieran por completo ante el poder del Santo Oficio, y abandonaran al peruano a su suerte”.<sup>1</sup> Marcelin Defourneaux, Luis Perdices de Blas, Gerard Dufour, Antonio Domínguez Ortiz y el propio Olaechea, entre otros<sup>2</sup>, colocaron al margen al rey, que simplemente se habría limitado a dejar hacer, mientras los ministros, algunos muy amigos de Aranda y de Olavide, se quedaban mudos ante la imposibilidad de parar la maquinaria inquisitorial una vez que la habían puesto en marcha el fraile Romualdo de Friburgo, el delator, el inquisidor Beltrán y el despreciado por todos, Eleta, el confesor. Hace unos años, aporté algunas pruebas sobre la implicación de Carlos III en el asunto de la prisión, embargo de bienes en Sevilla y sobre todo, en la sentencia, que se había “acordado” con Su Majestad<sup>3</sup>. En este trabajo, expongo algunos indicios provenientes de la correspondencia del gobernador del Consejo, Ventura Figueroa, el sucesor de Aranda en 1773, con varios ministros, entre ellos Grimaldi, el hombre a quien el rey le había entregado toda su confianza. Ellos fueron, junto con Roda, según las pruebas que presentaré, los que propusieron a Carlos III el nombre de Olavide para que fuera ejemplarmente castigado. En suma, no se inhibieron ante el poder de la Inquisición, como pensaba Olaechea, sino que fueron ellos los que lanzaron a la Inquisición contra Olavide, aprovechando la delación del fraile alemán —una más—, con la intención de que un “castigo ejemplar” sirviera de aviso al Conde de Aranda para que detuviera “la fragua” desde la que creyeron que estaba alentando otro motín como el del 66 para ser nombrado ministro. El “feliz hallazgo del amancebamiento” de Olavide con su medio hermana, la guapa y culta Graciela, fue una de las causas que airearon al final sobre la causa de la desgracia del peruano, pero se cuidaron mucho de ocultar las verdaderas razones.

1. Rafael Olaechea Albístur, “Información y acción política: el conde de Aranda”, *Investigaciones históricas*, VII (1987), p. 123.

2. M. Defourneaux, *Pablo de Olavide o el afrancesado*, Sevilla, 1990; L. Perdices de Blas, *Pablo de Olavide (1725-1803)*, *El Ilustrado*, Madrid, 1995; R. Olaechea, *Viajeros españoles del XVIII en los balnearios del Alto Pirineo francés*, Logroño, 1985; G. Dufour, *Cartas de Mariano a Antonio. El programa ilustrado de El Evangelio en Triunfo*, Université de Provence, 1997.

3. J. L. Gómez Urdáñez, “El caso Olavide: el poder absoluto de Carlos III al descubierto”, en Santiago Muñoz Machado (ed.), *Los grandes procesos de la historia de España*, Barcelona, 2002, pp. 308-334 (2ª edic. en 2010).

## BORRAR PRUEBAS

La correspondencia particular de Ventura Figueroa fue inspeccionada e inventariada tras su muerte, el 3 de abril de 1783, por su sucesor Campomanes, que ordenó a dos lacayos bajar los 14 legajos a “la secretaría de la presidencia” y que se guardaran en una arquita de que tendrá la llave el señor presidente o gobernador del Consejo<sup>4</sup>. Sabemos que había “una carta suya que se encontró entre los papeles de don Miguel Antonio de la Gándara” –castigado tras el motín, junto con Ensenada y con el enemigo personal de Campomanes, el marqués de Valdeflores-, que no está; también que el “archivo número 20” se lo quedó personalmente Campomanes, según se recoge en el inventario<sup>5</sup>. Sí está entre los papeles, sin embargo, la carta de 22 de septiembre de 1773 de Ensenada a su gran amigo Ventura Figueroa, escrita desde el destierro en Medina del Campo<sup>6</sup>. El marqués de la Ensenada, que no estaba tan callado como decía, había tenido una gran complicidad en el asunto del Concordato de 1753, negociado en secreto, con los acérrimos ensenadistas el abate Gándara y Ventura Figueroa, al que llamaba “mi querido gallego” y del que se declaraba “amigo de corazón” y “amigo de mi alma”. Aunque sin citarlo, en la carta, Ensenada se refería a Aranda, al fin echado a París, como “cosa peor no la había en la monarquía”. Es sabido que Ensenada y Esquilache habían humillado al orgulloso conde aragonés con motivo del proceso de los acusados de la “pérdida de La Habana” que presidió, impidiendo que se saliera con la suya y condenara a muerte al conde de Superunda, íntimo de Ensenada, y alejándole –la segunda vez<sup>7</sup>- del rey al nombrarle Esquilache capitán general de Valencia<sup>8</sup>. En la carta, Ensenada animaba a Ventura Figueroa y le recordaba sus méritos para suceder al aragonés, entre ellos algunos bien distintos a los del altivo conde, como la falta de ambición

---

4. AHN, Consejos, leg. 827-1.

5. Ibid.

6. AHN, Estado, leg. 6436.

7. La primera fue cuando Carlos III le nombró embajador en Varsovia después de conocerle –y conocer su soberbia y sus modos rudos- a su paso por Zaragoza en 1759. *Cartas desde Varsovia. Correspondencia privada del conde de Aranda con Ricardo Wall*, Lublin, 2005. Sobre el proceso de los culpados por la pérdida de La Habana, J. L. Gómez Urdáñez, “Víctimas ilustradas del Despotismo. El conde de Superunda, culpable y reo, ante el conde de Aranda”, en Martínez Millán, J., Camarero, C. y Luzzi, M., *La corte de los Borbones, crisis del modelo cortesano*, Madrid, 2013, pp. 1.003-1.033. Sobre la venganza de Aranda y Campomanes contra Ensenada, Gándara y Valdeflores, véase José Andrés Gallego, *El motín de Esquilache, España y América*. Madrid, 2003, p. 305 y ss.; R. Olaechea, “Contribución al estudio del motín contra Esquilache”, reedición en *Tiempos Modernos*, 8, 2003.

8. Eso le hizo Esquilache nombrándole capitán general en Valencia, en 1764, tras ridiculizarle en el consejo de guerra; y eso le habían vuelto a hacer sus muchos enemigos en 1773, entre ellos el propio Grimaldi, aunque calló una vez más. R. Olaechea y José Antonio Ferrer Benimeli, *El conde de Aranda. Mito y realidad de un político aragonés*, Huesca, 1998, 2ª edic.

y “obrar con prudencia, in miedo y con libertad, limpia de temeridad”. Ensenada también le declaraba su amistad con Grimaldi, aunque tampoco lo citaba por su nombre, y decía de él: “cuyas cosas van grandemente y con fijas señales de continuar en el mismo concepto”. Es decir, sabía, como todo el mundo, que Grimaldi era el hombre fuerte del gobierno de Carlos III<sup>9</sup>.

Siempre hemos sospechado que la mano diestra de Campomanes y las no menos hábiles de Floridablanca y Roda destruyeron pruebas de todo aquello que les comprometía, sobre todo desde que el primero tuvo miedo, él también, de acabar ante el poderoso tribunal inquisitorial una vez que se quebró la “unidad del equipo ilustrado” y se supo que las luces tenían dificultades para seguir prosperando en España.<sup>10</sup> Sin embargo, alguna pista dejó Campomanes tras “seleccionar” los papeles de Ventura Figueroa, aunque hay grandes lagunas en las desordenadas cartas a Roda y Grimaldi correspondientes al periodo anterior al encarcelamiento de Olavide<sup>11</sup>. El propio Grimaldi también contribuyó a oscurecer el asunto, pues atenazado por el miedo a un posible motín y sin fiarse de algunos miembros del gobierno proclives a Aranda –su primo Riela, por ejemplo–, extremó las medidas de prudencia y mandó a menudo destruir billetes y recados una vez leídos; además, desde que pensó en dimitir, fue guardando papeles para llevárselos con él a Roma.

Sin embargo, lo que queda de las cartas ratifica el “calentamiento de los espíritus”<sup>12</sup> que se estaba produciendo en la corte de Carlos III antes y después de que el rey enviara a París al conde de Aranda, en 1773, y sobre todo, después del desastre de Árgel, del 8 y 9 de julio de 1775, que fue el preludio del “annus horribilis” de Carlos III, el año en que, en medio de una tormenta de pasquines y amagos de motín –con la amenaza de nuevo de quemar la casa de Grimaldi– y del gran sufrimiento personal del rey a causa del asunto de su hermano don Luis y de la intriga de Aranda con su hijo Carlos y su intrigante

9. Paulino García Diego ha defendido recientemente una tesis doctoral sobre la biografía de Grimaldi, dirigida por Carlos Martínez Shaw, que puede consultarse en el repertorio de tesis digitalizadas de la UNED.

10. Así lo vio Pietro Giusti, un veneciano al servicio de la embajada de Austria en Madrid, que le decía a Beccaria que las luces penetraban en España “con maggiore difficoltà e lentezza”, 12 de enero de 1775, en Cesare Beccaria, *Dei delitti e delle pene*, Torino, 1965, p. 567. Véase también Jeanine Fayard y R. Olaechea, “Notas sobre el enfrentamiento entre Aranda y Campomanes”, *Pedralbes. Revista D’Historia Moderna* 3 (1983), pp. 5-59.

11. Las lagunas son de algunos meses de 1775 y de todo 1776 hasta precisamente la semana anterior a la prisión de Olavide el 14 de noviembre de 1776. AHN, Estado, legs. 6437 y 6438.

12. “Y tanto se calentaron los espíritus que hasta amagos hubo de renovar los motines madrileños de 1766”. Teófanos Egido, *Carlos IV*, Madrid, col. Los borbones, 5, 2001. “Cuando con ellas (las sátiras) se han calentado bien los espíritus, se acaba con los tumultos”. AHN, Estado, Leg. 6437, Grimaldi a Ventura Figueroa, 30 de agosto de 1775.

esposa María Luisa, los príncipes de Asturias, se iba a tomar la decisión por el rey, a propuesta de Grimaldi y con el aplauso de Ventura Figueroa, de

“hacer algún ejemplar con alguno; no se trata de sangre, pero un destierro, un castillo: militares, pelucas o galones. En proponiéndolo al rey, seguramente Su Majestad lo aprobará”.<sup>13</sup>

El elegido iba a ser Olavide, un peruano plebeyo y libertino, íntimo y hechura de Aranda, tan presuntamente volteriano como el embajador en París, al que se le atribuía por los *philosophes* haber acabado con la Inquisición en España. No sabía que, al contrario, el partido del “despotismo religioso e político” al que aludía Giusti, se reforzaba ante las bravuconadas del conde y sus amigos y, a la altura de 1775, estaba ya en disposición de dar un escarmiento. Grimaldi notaba “el condenable desenfreno que se suscitó en Madrid y que, según parece, todavía dura y, a su ejemplo, ha cundido en otras partes”; pero también era evidente, en palabras de Domínguez Ortiz, “el empeño de los inquisidores por retener un poder que se les escapaba de las manos”<sup>14</sup>. Todo ello se confabuló para que los cientos de folios que había escrito fray Romualdo de Friburgo contra Olavide y que ya habían llegado a manos del padre Eleta sirvieran al confesor para contentar a los que pedían “un castigo ejemplar” y, a la vez, para tranquilizar los escrúpulos de un rey beato que vio en el desastre de Argel una señal de la mismísima Virgen.

Solo muy tarde supo Olavide que su desgracia era consecuencia del “odio de un partido”, como escribió luego en sus memorias Godoy, que habló con él cuando regresó a España en 1798. Con toda seguridad, el príncipe acertó al pensar que las ideas del superintendente eran las “de sus demás amigos, conde de Aranda, conde de Campomanes, O’Reilly, Ricardos, Roda, Riela, Almodóvar y otros sabios literatos de aquella época”.<sup>15</sup> No le hacía falta tampoco decir quiénes eran sus enemigos, aunque quizás nadie reparó ni repara en el amigo fraternal de Grimaldi y Ventura Figueroa, el desterrado y aparentemente mudo Ensenada, a su vez enemigo cerval del dos veces grande Aranda. Tal fue la amistad de Ensenada y Grimaldi que cuando el abate dejó la corte, antes de irse de España hecho un duque y orgulloso de su venganza –que incluía dejar al frente a su sucesor, el cagatintas Floridablanca, que frenaba toda ambición de Aranda–, fue a ver al viejo amigo Ensenada hasta Medina del Campo<sup>16</sup>.

13. AHN, Estado, leg. 6437, Grimaldi a Ventura Figueroa, 30 de agosto de 1775.

14. Antonio Domínguez Ortiz, *Carlos III y la Ilustración*, Madrid, 1988, p. 157.

15. Manuel Godoy, *Memorias*, BAE, 88, Madrid, 1965, p. 191.

16. Aprovechó el viaje que le brindaba su último servicio, entrevistarse en Burgos con Lee, el representante de los rebeldes norteamericanos que pretendía llegar a Madrid, y vencerle de que se volviera a Francia. Sus últimas cartas a Aranda, de enero y febrero de 1777

## GRIMALDI CONTRA ARANDA

Durante el motín de Madrid, Aranda había sido la gran autoridad de la ciudad y, en adelante, desde la presidencia del Consejo de Castilla y la capitánía general, el hombre fuerte del gobierno. Entonces había aupado a Olavide a cargos claves de su plan de “saneamiento” de Madrid, como fue el de nombrarle director del Hospicio de San Fernando y síndico del ayuntamiento<sup>17</sup>, antes de encomendarle el proyecto más ilustrado del siglo: fundar las nuevas poblaciones y dotarlas de un gobierno racional, sin frailes y sin antiguallas feudales, aplicando las ideas de Campomanes. Mientras duraron los buenos tiempos, Aranda, Campomanes y Olavide –La Trinca, como los llamó Casanova– fueron el nervio de las reformas y lograron acallar las críticas de la oposición: fue muy inteligente presentar al rey como colaborador, aunque no fuera del todo verdad, puesto que, para empezar, Carlos III no soportaba a Aranda y era un beato escrupuloso, esclavo de su confesor, el turbio *fray Alpargatilla*, todo el día por la corte de sayal y alpargata, a quien el padre Isla llamaba “superintendente general de los pecados de Su Majestad”.<sup>18</sup>

Cuando se empezó a quebrar la “unidad del equipo ilustrado”, Grimaldi y Campomanes pudieron quitarse de encima al bocazas del conde enviándolo a París en 1773, mientras el rey seguía depositando su confianza absoluta en el “bello abate”, que era tan hábil como para mantener la apariencia de amistad con el altivo conde, que siempre le consideró “amigo”, como el iluso Olavide<sup>19</sup>. Grimaldi había sabido jugar con prudencia sus cartas en el 66, pues los amotinados pedían su cabeza además de la de Esquilache. Seguramente también el duque de Alba, o el propio Aranda –que nunca imaginó entonces que un abate italiano llegara a tener tanto poder– se hubieran alegrado entonces de “echar a todos los extranjeros”, que es lo que abiertamente Aranda

---

son, precisamente, para recriminarle que hubiera dejado venir al americano comprometiendo su política de prudencia, la que también observará su sucesor Floridablanca. La correspondencia de ambos de estos meses, en AHN, Estado, leg. 6601. La noticia de la entrevista entre Ensenada y Grimaldi la recoge Ferrer del Río.

17. Véase J. L. Gómez Urdáñez, “Ideas políticas y agentes del triunfo del Despotismo Ilustrado español, 1756-1766”, *Revista de historia Moderna y Contemporánea, HMiC*, Universitat Autònoma de Barcelona, n° 10 (2012), pp. 53-73.

18. “Este monarca no ve sino a disgusto la presencia del Sr. Aranda en la Corte, y jamás le dirige la palabra”. 5 Berger a Bernstorff. S. Ildefonso, 3 septiembre 1764, en R. Olaechea, “Contribución al estudio...”, p. 18.

19. A pesar de la campaña de pasquines dirigida por Aranda contra Grimaldi después del desastre de Argel, el hábil ministro seguía fingiendo ser su amigo y no rompió con él abiertamente hasta el final. Por eso Paolo Frisi todavía le decía a Beccaria: “gli sforzi di tre nuovi Bacchi, ovvero Orfei, i quali hanno cominciata la rivoluzione. Il marchese Grimaldi, coll'aperta protezione delle scienze e delle arti, il conte d'Aranda, col perfezionare la pubblica economia e polizia e il fiscale Campomanes col distruggere gli inveterati pregiudizi della giurisprudenza ecclesiastica”. Frisi a Beccaria, 17 de octubre de 1775, C. Beccaria, *Dei delitti...*, p. 569.

pretendía ahora, en 1775-76 desde París, al hacer de Grimaldi el blanco principal de su plan de torcer el rumbo del gobierno de Carlos III<sup>20</sup>.

La conocida franqueza patriótica de Aranda se desató de nuevo en cartas insultantes contra Alejandro O'Reilly, el responsable de Argel, en pasquines infamantes contra el gobierno y contra Grimaldi, al que hacía responsable directo de la derrota, e incluso, en cartas al príncipe de Asturias, al que intentó involucrar en sus planes<sup>21</sup>. El ministro italiano, concedor de todo, se sintió acorralado ante la larga mano del conde dirigiendo el llamado *partido aragonés*, “una serie de aristócratas, clérigos, camaristas, consejeros, covachuelistas, empleados de la administración y miembros de embajada (...) adictos a Aranda”, en palabras de Olaechea, cuyos enemigos eran los golillas, abogados, intelectuales, manteístas y ministros extranjeros, el grupo de plebeyos “cagatintas” que llevaban al rey y a España al desastre, es decir, hombres como Grimaldi. El *partido aragonés*, que revelaba el viejo malestar de los grandes desplazados por “hidalgillos medrados” como Patiño, Campillo y Ensenada, recuperaba las esencias del *españolismo* y confiaba ciegamente en el *general* Aranda, que si hubiera dirigido la campaña de Argel nunca habría sido *derrotado por los moros*, y que pasaba a mayores cuando se proponía ser “la A que rija” del célebre pasquín<sup>22</sup>.

Y es que, demostrada en 1754 la inutilidad del duque de Alba para dirigir el gobierno, incapaces de tomar el poder contra *los italianos* al llegar Carlos III a España, obligados a transigir con los abogaduchos en 1766, ahora aquellos nostálgicos del *partido español* tenían un jefe al que no le torcerían la mano los “sármatas” –así llamaba Aranda a los extranjeros desde que estuvo en Varsovia– y los “cagatintas”, los “abogaduchos” manteístas plebeyos que se habían apoderado de la voluntad de Carlos III. Un pasquín lo dejaba claro ya en agosto de 1775, en pleno alboroto por el desastre de Argel:

“Libro nuevo. Torres Resucitado. Nuevamente pronosticando la infalible y prompta perdición de España por el regio tesón en regirse por criados y ministros extranjeros, particularmente Grimaldi (a quien por adulación siguen algunos naturales particularmente Campomanes, Múzquiz, Arcos y Losada y

---

20. Un pasquín dirigido al propio Grimaldi en julio de 1775 decía que había que “privar de sus empleos” a él, a O' Reilly “y al perverso hereje de Campomanes, que son los que componen el triunvirato para engañar al rey y perder el reino”. La solución era “nombrar otros ministros y general españoles legítimos retirando al mismo tiempo a todos los ministros extranjeros y criados de su palacio que lo sean y asimismo a ese idiota bárbaro frailote confesor”. AHN, Estado, leg. 6437.

21. J.L. Gómez Urdáñez, “El padre es el rey. Las intrigas en el “cuarto del príncipe” en el siglo XVIII”, Actas del congreso *Le père comme figure d'autorité dans le monde hispanique*, celebrado en la Université de Saint Etienne, 27-28 de septiembre de 2012, en prensa

22. Ibid.

Alba) con evidentes gravísimos perjuicios de sus vasallos, de toda la nación y de toda la familia real”<sup>23</sup>

Grimaldi, Roda, Múzquiz y Ventura Figueroa pusieron todos los medios para evitar lo que les parecía que podía acabar en una nueva asonada, pues los pasquines incluso inundaban la corte. Uno avisaba expresamente:

“Exmo. Señor. Un fino apasionado suyo le avisa se está fraguando una sublevación contra la Persona de V.E. porque le hacen cómplice en la desgracia de la expedición asegurados que las disparatadas disposiciones del conde de Oreilli eran hijas de su inteligencia. Se está trabajando un manifiesto de todas las operaciones para ponerlo en manos del rey y cuando S.M. no haga justicia, piensan tomársela.”

Los informadores aludían directamente a la simbología de los motines de diez años antes, como el marqués de Avilés, el 12 de agosto, que le decía a un amigo de Barcelona: “se ha visto ya algunos sombreros redondos”. Dos días después, un abate en carta al duque de Módena escribía sobre lo mismo (exagerando, sin duda):

“...de estos espíritus tan agitados se teme alguna sublevación , empezándose a ver de noche partidas de 30 o 40 hombres con sombreros redondos como acostumbraban antes del tumulto en tiempo del marqués Squilace en el año de 1766”<sup>24</sup>

El día anterior, el 13 de agosto de 1775, el capellán Pedro José Mesia informaba a Grimaldi, violando el secreto de confesión, que un hombre le había confiado que estaba involucrado en un plan para quemar la casa del ministro el día 16 de agosto. Dos días después, se confesaban también los cómplices, con lo que el atentado quedaba sin efecto, pero Grimaldi no se fiaba del cura y pedía a Ventura que buscara información sobre él. Los pasquines continuaban a pesar de detener a algunos, que confesaban en algunos casos actuar por dinero. Así lo habían hecho ya tres esbirros, en octubre de 1773, en el clima de protestas de los arandistas contra la decisión de mandar París, que declararon servir nada menos que a varios grandes de España.

“que se ocupaban en vender papeles curiosos, recogió todos los que se les encontraron y se reducen a los del Duende, fr. Gerundio, manuscrita la segunda parte, y otros prohibidos por lo pasado; se les tomaron sus declaraciones, confiesan que ganaban de comer copiando estos papeles para diferentes señores

---

23. AHN, Estado, leg. 6437.

24. Los pasquines de 1775, en AHN, Estado, leg. 6437.



que tenían gusto de tenerlos, como los duques de Alba, de Arcos, de Uceda y otros.”<sup>25</sup>

Como todos los ministros, Grimaldi sabía que la causa de los motines de 1766, que había sido el hambre, la falta de trigo, en parte por culpa de la mala administración de Esquilache, podía ser de nuevo el caldo de cultivo que aprovecharan sus enemigos políticos, por lo que estuvo muy atento, sobre todo después de que en un pasquín, en el verano de 1775, se pidiera la rebaja del precio del pan<sup>26</sup>. En septiembre, Grimaldi notificaba a Ventura Figueroa que había mandado bajar el precio: “la baja del pan era justa una vez que se mantienen bajos los precios del trigo y que la sementera se ha hecho con tan buenas apariencias”. Antes, el 5 de septiembre, le decía que había llovido mucho y que eso era bueno para los labradores<sup>27</sup>.

## TODOS CONTRA OLAVIDE

En todo caso, para esas fechas, la elección de la víctima ya se había producido y Olavide llegaba en diciembre de 1775 a Madrid, llamado por Su Majestad. Una vez que se había puesto en marcha la maquinaria inquisitorial era difícil pararla; pero en este caso, nadie la quiso parar. Antes al contrario, todos, procurando no dejar huellas, colaboraron y al final, consiguieron ese “ejemplar que lo apruebe el rey”. El 12 de noviembre de 1775, Roda comunicaba a Bertrán (y seguramente que todos los demás se enteraron a la vez) el comienzo de la operación, lo que demostraba que podían estar tranquilos, pues habían conseguido la aprobación de Carlos III:

“Me ha mandado prevenir de su Real Orden a V. I y al Consejo como lo ejecuto, que *no solamente permite y consiente Su Majestad* que el Santo Oficio obre y proceda libremente como corresponde por derecho y conforme a su instituto, sino que *S. M. está pronto a prestar para este fin su Real protección y auxilio necesario*, y para que el Santo Tribunal pueda desde luego hacer las averiguaciones convenientes sin los obstáculos, que recela, ha tomado su Majestad la providencia de llamar a don Pablo de Olavide (...)”<sup>28</sup>.

25. AHN, Estado, leg. 6436. Ventura Figueroa a Muzquiz, 14 de octubre de 1773.

26. AHN, Estado, 3437. Pasquín: “Que no tienen para los pobres. El gobernador del Consejo de pronto haga bajar dos cuartos al pan y ponga la tasa; antes que se le pegue fuego a su casa i a cos al m (ilegible) y lo mismo ha de suceder con las religiones por la caridad.”

27. AHN, Estado, leg. 6437. Grimaldi a Ventura Figueroa, 17 de noviembre de 1775.

28. El subrayado es mío. AGS, G. y J., leg. 628. Este documento, así como la minuta de Roda con los cargos, ha sido publicado en R. Gómez-Rivero, *El ministerio de Justicia en España*, Madrid, 1999, p. 681 y nota 1348. El autor, sin embargo, sigue exculpando a Carlos III que sólo “estuvo en todo momento informado sobre la marcha del proceso”, y carga contra Roda, quien lo habría “alentado”.

En Madrid, el “iluso de filantropía” –así lo llamó Menéndez Pelayo– creía tener suficientes amigos como para que su causa quedara en nada; así les ocurrió a muchos notables denunciados a la Inquisición por cualquier delator y él mismo ya había sido denunciado ante la Inquisición de Córdoba y de Jaén sin efecto. En recuerdo de los viejos tiempos, uno de ellos creía que seguía siendo Grimaldi y el otro, Roda, al que le escribió la patética carta en que le confesaba su sincero catolicismo, con clara intención de que se la diera a leer al rey<sup>29</sup>. En un golpe de audacia, se metió en la habitación del inquisidor Bertrán, el 12 de febrero de 1776, para sincerarse como católico pecador y arrepentido. Quizás había oído que el inquisidor había sido un prelado ilustrado en Salamanca, pero eso no le iba a salvar. El obispo le dijo luego a Roda: “siento que tenga noticia tan cierta de la delación como supone”; “teme mucho y con razón”<sup>30</sup>. Olavide no podía imaginar que entre todos ellos iban tejiendo la tela de araña que acabaría con su prisión en las cárceles secretas el 14 de noviembre de 1776, dos meses justos después de que la Inquisición hubiera decretado esa pena contra el “miembro podrido y hereje formal”.

Sin embargo, Olavide no era manco; tenía muchos amigos de verdad dispuestos a todo por él, como el vicario Lanes, su brazo derecho Ondeano, etc. Y lo demostraron, a veces llegando incluso a la violencia, como en el caso del allanamiento de la casa del fraile delator en La Carolina, una vez que fue llamado a Madrid para completar su delación en persona, durante la semana santa de 1776. La reacción del fraile en Madrid, que llegó el 24 de marzo a entrevistarse con Bertrán, fue furibunda y acusó a los amigos de Olavide de querer matarle, escribiendo incluso al rey. Tal escándalo montó el capuchino alemán que Grimaldi respiró cuando pudo echarlo de España a base de sobornarle, en lo que colaboraron Ventura Figueroa, Bertrán y el mismísimo cardenal Valenti<sup>31</sup>, otro íntimo amigo de Ensenada: tres grandes de la jerarquía eclesiástica velando para que nada entorpeciera el fin previsto.

Lo que más importaba en la operación era el secreto –como el propio Carlos III había recomendado–, así que las reacciones de los amigos de Olavide y de los frailes y curas enardecidos por el capuchino podían ser muy perjudiciales e inquietaban en extremo a Grimaldi<sup>32</sup>, que veía cercana la hora

29. “Dirija V. E. a quien busca sus luces”: así acababa la carta de Olavide. AGS, G. y J., leg. 628. Olavide a Roda, 7 de febrero 1776. La carta reproducida en A. Ferrer del Río, *Historia del reinado...*, vol. III, p. 47.

30. AGS, G. y J., leg. 628. Felipe Beltrán a Roda, 27 y 29 de enero, y 14 de febrero de 1776.

31. M. Defourneaux, *Olavide...*, p. 312.

32. Bourgoing ya observó que los frailes “se entregaban a todos los excesos del celo, declamando su furor contra los teatros profanos que Olavide había tratado de mejorar en esta ciudad. Al mismo tiempo, los inquisidores de provincias compartían el triunfo de esta capital

del desenlace: Olavide “era borrado del mundo de los vivos” –en palabras de M. Defourneaux- y él se iba a Roma<sup>33</sup> con el nombramiento de duque y embajador, manteniendo el afecto del rey, llevándose una gruesa suma de dinero y habiéndose vengado –se esforzó en que todos lo supieran- de sus muchos enemigos. El mismo día en que Olavide entraba en las cárceles secretas, el 14 de noviembre de 1776, Grimaldi escribía esta carta a su amigo Ventura Figueroa, una verdadera confesión del triunfador:

“Muy señor mío y amigo. Apenas recibida la carta de V. Ilma. De ayer, me han ocurrido consideraciones muy graves y de la más delicada consecuencia. Por no fiarme de mi solo modo de pensar, he ido a consultarme con Roda y ha convenido conmigo enteramente en mis máximas y en lo sumamente delicado del asunto.

“Estamos acordes en que, no por mí, que me voy, pero por la tranquilidad del rey, buen gobierno del estado y se puede añadir, felicidad de la monarquía, es muy importante y útil que se descubran los cómplices de la trama, pero pueden venir indiciadas tales personas, de quien de ningún modo convenga hablar.

“El arresto del sujeto y la visita de sus papeles hará hablar; pondrá en cuidado los que se sientan culpados y teman ser descubiertos, y Dios sabe lo que intentarán.

“Supuesto esto, pensamos que es importantísimo desliecebrar (sic) cuanto sea dable las gentes y no pudiendo dar otra causa para la prisión, dejar entender que es por indicios que no se descubren del fuego a mi casa.

“Que como es regular que ofrezcan todo el dinero del mundo para ganar escribanos, gente de la cárcel que le ha de llevar de comer para saber del preso, lo que pasa, lo que le preguntan, e instruirle, es indispensable precaverlo, tratar la cosa con secreto de inquisición, seguramente no pasar al arresto de más gentes para no alborotar y despertar más inquietud por ahora a los que puedan estar implicados, dejando para más adelante estos pasos y acaso suspender los constitutos guardando solo asegurado el hombre, con el fin de adormecer las gentes y que crean que no hay nada y que es negocio olvidado.

“Roda dice que su carta se puede abrir; devuelvo a V. Ilma. Las que me pide y aun las que me envió cerradas, porque conociendo la letra de otras iguales que eran ciegas, determinamos con Roda que se debían abrir; bien que se

---

y hacían ostentación de sus fuerzas renacidas”. Cit. en M. Defourneaux, *Olavide...*, p. 502, n. 21. Bulos similares llegaron a oídos de Aranda; véase Véase Jesús Pradells Nadal y Enrique Giménez López, “Correspondencia entre Aranda e Ignacio de Heredia con Manuel de Roda, durante la embajada en París (1773-1781)”, en *El Conde de Aranda y su tiempo*, Zaragoza, 2000, vol. 2, págs. 285-300.

33. El 7 de noviembre Grimaldi pidió el relevo al rey por mano de Roda; el 9 Roda le comunicó el placet regio, su nombramiento de embajador en Roma y el de Moñino para sucederle en la secretaría de Estado; el 14 Olavide entraba en el calabozo. las dos copias en AHN, leg. 6437.

ejecutó de modo de poderlas sellar nuevamente sin que se conociese, como V. reconocerá.

A la carta del 14 le faltaba un detalle que Grimaldi añadió en la del 17: nada menos que la acusación de concubinato, un “grande hallazgo”:

“ha sido un grande hallazgo lo del amancebamiento para encubrir la prisión y poder sacar las pesquisas que tanto conducen a la tranquilidad venidera; así lo juzga Roda también”.

El amancebamiento de Olavide con su medio hermana Graciela, la culta y bella mujer que siempre le acompañó, fue seguramente la última canallada que dejaron correr por los mentideros de la corte, lo que Grimaldi agradecía a Roda: “Mucho me alegro que se vaya descubriendo cada día alguna cosa más; importa tanto el descubrirlo y saberlo bien todo como el tenerlo secreto”<sup>34</sup>. En la misma carta a Ventura Figueroa del día 17, el ya duque y marqués de Grimaldi nos dejaba un signo de lo mucho que habían cambiado los tiempos:

“Ya sabrá V. S. Illma. que Tanucci ha salido del ministerio de Nápoles, pero conservando su concurrencia en el Consejo”.<sup>35</sup>

Conocido el rotundo triunfo del partido contrario, no es extraño que Aranda callara y menos aún que mandara parar, pues sin duda comprendió que la prisión de Olavide era una manera de advertirle. Años después atribuyó la desgracia de su amigo a la “bigoterie et opiniotreté du roi”,<sup>36</sup> pero él sabía que lo que había pasado es que habían vencido los plebeyos, los “sármatas” y los “cagatintas”, que una vez más le habían vuelto a humillar. Moñino, que llegaba feliz a España hecho ministro –lo que él no llegaría a ser nunca con su idolatrado Carlos III– se lo recordaba dejando a Olavide dos años más en las cárceles secretas hasta castigarle –nuevamente de acuerdo con el rey– con ocho años de reclusión en un convento.

Con razón dijo de Aranda el padre Luengo: “Infeliz conde de Aranda! Toda su vida la ha pasado agitado por la ambición de mandar y nunca ha

34. Grimaldi a Roda, 21 de noviembre de 1776.

35. AHN, leg. 6437, Grimaldi a Roda, 21 de noviembre de 1776.

36. Lautico García, *Francisco de Miranda y el Antiguo Régimen español*, Caracas, 1961, p. 362. El silencio de Aranda permite intuir también su sospecha de que su “amigo” Roda no le había contado todo; por eso su secretario Heredia le daba al ministro muchos detalles del escándalo que la noticia había producido en París, pero no preguntaba, tampoco decía nada de la opinión del conde, ni de la suya. Véase J. Pradells Nadal y E. Giménez López, “Correspondencia entre Aranda e Ignacio de Heredia...”

podido lograrlo sino por poco tiempo, y a costa de hacerse esclavo de unos hombres de una esfera muy inferior a la suya”.<sup>37</sup>

---

37. Cit. por R. Olaechea, “Información...”, p. 84. Véase también J. L. Gómez Urdáñez et al., *La oda Ad comitem Aranda de Estanislao Konarski*, Biblioteka Polsko-Iberyjska, 5, Lublin, 2012.